

## RESEÑAS

CARL R. ROGERS.

Freedom to Learn. Charles E. Merrill Publishing Co. Columbus, Ohio, 1969, 353 pp.

“...es de hecho nada menos que un milagro que los métodos modernos de instrucción no hayan todavía estrangulado por completo la sagrada curiosidad de inquirir, ya que, aparte de estímulo, esta delicada plantita tiene necesidad principalmente de libertad para mantenerse; sin ésta, se marchita y se arruina sin remedio”. Con estas palabras de Einstein abre Rogers su libro y con este mismo espíritu nos lleva por los capítulos de su pensamiento que, como todo pensamiento auténtico, es creador siempre y sugerente.

Partiendo del supuesto de que vivimos actualmente en un mundo que cambia continua y desusadamente y de que estarnos frente a una situación completamente nueva, Rogers concluye que, si queremos sobrevivir, nuestra principal meta educativa debe ser la facilitación para el cambio y el aprendizaje significativo.

Dentro de esta concepción, el hombre educado será el hombre que haya aprendido a aprender para poder adaptarse y cambiar continuamente, el hombre que está consciente de que ningún conocimiento es seguro y que sabe que sólo la búsqueda incesante y personal del conocimiento le puede dar una base para vivir con seguridad y plenitud.

Tratando de definir los elementos que están involucrados en el aprendizaje significativo, Rogers se pregunta cómo es que el niño -lo mismo da decir adulto- que se vale por sí mismo aprende tan rápida y efectivamente y de una manera tal que este aprendizaje tiene un elevado significado práctico para él; en tanto que este mismo niño puede ser malformado, si se le enseña de la manera tradicional o más o menos moderna que involucra fundamental y casi solamente al intelecto. Y en seguida apunta que el aprendizaje significativo tiene la peculiaridad de involucrar al ser entero, comprometiendo sus sentimientos y los aspectos cognositivos del mismo aprendizaje: Es autodeterminado, independiente, guiado por la propia voluntad. Aun si el estímulo viene del exterior, el sentimiento de descubrimiento, de logro, de comprensión viene del interior. Es pleno y por su misma autenticidad se integra al todo. Provoca cambios en la conducta, en las actitudes y, tal vez, en la personalidad. Es evaluado por el estudiante ya que sólo él puede saber si está cubriendo sus necesidades, si va hacia donde quiere, si está iluminando el área oscura de la ignorancia que experimenta. El locus de la evaluación, podríamos decir, reside definitivamente en el estudiante, y su esencia es el significado. Sólo en esta forma de aprendizaje el elemento significativo se integra a la experiencia entera.

A mi modo de ver, aquí está el sentido fundamental de toda educación. Y creo que Rogers en general acierta. De aquí es de donde hay que partir.- del aprendizaje real y auténtico, del estudiante -así, en singular- con todas sus necesidades, problemas, aspiraciones y pasiones personales que, desde luego, son diferentes a las de cualquier otro estudiante. Se trata de un proceso de autoactualización que se debe dar en todas las etapas del desarrollo del ser humano y no de un aprendizaje -actualizado o no, lo mismo da- impuesto, superficial y gregario que aparentemente depende de la motivación para alcanzar sus metas.

Igual que a Rogers, el oír la palabra “desmotivación” me irrita profundamente (es una pena que Rogers entre a veces en el juego tan actual y deshumanizado de tratar a los seres humanos como si fueran objetos de uso). La motivación es algo que existe en potencia en todo ser humano. Los responsables de que ésta no se extinga, son las personas que van o deben ayudar al individuo a aprender. La motivación es una energía que debe ser liberada adecuadamente y que supone, de hecho, una multivocación. Toda educación debe ser integral y personal. Sólo una sociedad constituida por individuos auténticamente personales puede tener un -espíritu colectivo real- una sociedad donde se dé la convivencia genuina y permanente y no una sociedad donde la solidaridad, la colaboración y la tendencia a seguir las iniciativas ajenas son sólo un modo accidental, provisional e irracional de vivir.

Conceptos como el de “enseñanza”, tan mal parados en la actualidad, no son sino extensiones de la manipulación secular a que estado sometido el ser humano. La verdadera educación es un asunto personal, ajeno a toda manipulación. Es este último concepto el que deberíamos desechar y no dirigir ingenuamente nuestras críticas contra la enseñanza, los currículos, los exámenes, etc., que no son sino los medios que han sido

adecuados hasta ahora, como lo pueden ser en un futuro cercano las taxonomías, los objetivos, la evaluación, para manipular en lugar de educar.

Al contrario de lo que es una práctica común, Rogers inicia su libro, partiendo del hecho educativo. La primera y la segunda partes -eminentemente prácticas- se abren con la presentación de tres interesantes ejemplos escritos por tres profesores de diferentes niveles sobre sus propias experiencias. Cada uno tiene su estilo personal y los métodos, en cada caso, son diferentes. Es sólo en el esfuerzo para facilitar un aprendizaje significativo, libremente autodeterminado, donde se pueden hallar las coincidencias. En la tercera parte comenzamos la búsqueda de los principios o hipótesis que pueden concluirse de éstas y otras experiencias educativas similares. La cuarta parte -ya fuera del mundo educativo (?), dice Rogers- trata de los valores y de las cuestiones filosóficas que, supongo, deben interesar grandemente a todo educador. Y en la quinta y última parte, regresamos al mundo real y cotidiano de la educación donde Rogers propone un plan para el cambio.

Haciendo a un lado algunas objeciones, como el trasfondo terapéutico o un cierto afán de teorizar que si no invalidan, sí deterioran sus puntos de vista, creo que es éste un bello libro de lectura altamente significativa.

El mérito sobresaliente del libro está más que en los principios mismos en la forma de pensar los problemas de la educación. Las ideas de Rogers son un caudal de sugerencias para todo aquel educador que está consciente de que la educación es ante todo un hecho humano, personal y divergente, y de que todo proceso de aprendizaje conlleva una búsqueda vital y arriesgada.

Como todo gran libro está escrito con la sincera sencillez del hombre sabio y esta sabiduría no está en los conocimientos o en la necesaria información, sino en la forma simple y acertada con que los maneja para decir su palabra.

JORGE DE LA PAZ.